

ran una señal del nacimiento del Niño que había de reinar sobre todo Israel. Una estrella de resplandor desusado, singularmente bella, apareció a los Magos, y de tal manera su radiante claridad llenó de admiración los ánimos de los que la contemplaban, que los Magos creyeron que podían dejar, en manera alguna, de buscar lo que les enseñaba una señal tan extraordinaria. Como del relato se deduce, la gracia de Dios había precedido a semejante maravilla, y cuando la misma Belén ignoraba el nacimiento de Cristo, ya empezaba a propagarse su noticia entre los gentiles, que lo habían de creer mucho mejor, y el hecho que no podía aún divulgarse por lengua humana era dado a conocer por anuncios celestiales.

Aunque este milagro que Dios se dignó hacer tuviera por fin dar a conocer entre las gentes el nacimiento del Salvador, pudieron, sin embargo, los Magos, para entender el significado del milagro, servir-se de las antiguas profecías de Balaán, pues sabían que desde tiempos remotos existía la profecía, cuyo recuerdo perduraba vivo: *Saldrá una estrella de Jacob y un hombre se levantará de Israel y dominará a todos los pueblos* (Num., 24, 17). Así, pues, tres varones, animados sobrenaturalmente por el resplandor de aquella estrella desconocida, siguen la ruta que el movimiento del astro resplandeciente les marca, ciertos de encontrar en la ciudad regia en Jerusalén al Niño profetizado. Pero fallando sus cálculos, pudieron aprender por medio de los escribas, y doctores de los judíos lo que las Sagradas Escrituras dicen del nacimiento de Cristo, y reafirmados así por este doble testimonio deseaban con fe más ardiente ver al que anunciaban el resplandor de la estrella y la autoridad de las antiguas profecías. Después de aparecer tan clara la divina respuesta por las palabras de los Pontífices, y siendo interpretada la profecía que dice: *Y tú Belén, tierra de Judá, no eres la más pequeña entre las principales de Judá, porque de ti saldrá el Caudillo que gobierne a mi pueblo de Israel* (Mich., 5, 2 y Mt., 2, 6), qué fácil y qué natural parecía que los primates judíos hubieran creído lo mismo que enseñaban. Pero está claro que ellos pensaron como Herodes de un modo carnal y creyeron que el reino de Cristo sería como los imperios de este mundo. Te turbas, Herodes, con necio temor y en vano maquinas daños contra este Niño a quien miras como sospechoso. Tu poder no llega hasta Cristo ni el Señor del mundo puede contentarse con tu mezquino cetro de mando. El que no quieres que reine en Judea, reina en todas partes y más feliz sería tu reino si tú mismo te sometieras a su imperio. ¿Por qué no cumples al pie de la

letra lo que prometes engañosamente? Marcha junto con los Magos y termina por adorar humildemente al Rey verdadero, a quien ofrecerás tu veneración. Pero tú, más ciego que los mismos judíos, no imitas la fe de los gentiles y arrastras tu perverso corazón a poner crueles insidias a quien no matarás, aun por mucho que le temas, y tampoco conseguirás causar mal a los mismos que mates ¹⁷.

Conducidos, finalmente, los Magos a Belén gracias a la estrella que les precedía, como dice el evangelista, *se alegraron grandemente con alegría bien cumplida, y entrando en la casa, hallaron al Niño con María su Madre, y postrados en tierra le adoraron, y abriendo sus tesoros le ofrecieron don de oro, incienso y mirra* (Mt., 2, 12). ¡Oh admirable fe de la perfecta sabiduría, instruida no por medio de la humana ciencia, sino por el Espíritu Santo! ¿De dónde dedujeron estos varones que debían ofrecerle presentes, si cuando salieron de su patria todavía no habían visto a Jesús, ni habían encontrado nada a su vista por venerar razonablemente, sino el que la esplendorosa irradiación de la verdad les iluminaba los corazones, mejor que la belleza de la estrella, vista por sus ojos, y así antes de ponerse en camino comprendieron que les anunciaba a aquel a quien se debe honor de rey, representado en el oro, veneración de Dios, significada en el incienso y de quien debemos creer que es mortal, conforme indica la mirra? Y estas cosas, que pertenecen a la luz de la fe, pudieron ellos muy bien entenderlas y creerlas hasta el punto de no necesitar ver con los ojos corporales lo que habían visto plenamente con los ojos del alma. Pero su diligente perseverancia en no cejar hasta encontrar al Niño aprovechaba a los hombres de tiempos futuros, y a los de nuestra época, para que así como nos fue muy provechoso el que después de la Resurrección del Señor las manos del Apóstol Santo Tomás palpasen las llagas de Cristo en su misma carne, también lo ha sido ahora el que su infancia fuera atestiguada por los magos. Vieron, pues, y adoraron los Magos a un niño de la tribu de Judá, *de la familia de David, según la carne, nacido de mujer y sujeto a la ley* (Rom., 1, 3), la cual no había venido a derogar, sino a cumplir. Vieron y adoraron un Niño, pequeño exteriormente, y en todo semejante a los demás hombres en sus primeros años. Porque del mismo modo que eran fidedignos los testimonios que nos declaraban que en él había la majestad de la divinidad invisible, también debía de ser verdadero el que el Verbo se hizo carne y que la esencia sempiterna del Hijo de Dios había tomado realmente la naturaleza humana, para que ni los inefables portentos y

milagros que habrían de seguir, ni los sufrimientos y suplicios que debería padecer perturbasen el misterio de nuestra fe, a causa de tanta diversidad de cosas, máxime teniendo en cuenta que nadie puede justificarse plenamente, sino el que confiesa que el Señor Jesucristo es verdadero Dios y verdadero Hombre.

Contra fe tan terminante y contra verdad proclamada durante todos los siglos se opone la diabólica impiedad de los Maniqueos, los cuales, para perder las almas de los que tienen engañados, han tejido a base de mentiras sacrílegas y fabulosas el funesto engaño de su horrendo dogma y por medio de estas calamitosas y malsanas opiniones llegaron en el colmo de su desvarío a afirmar que el cuerpo de Cristo era un cuerpo falso, que no ofrecía a la vista de los hombres nada de sólido y verdadero, sino que mostraba la imagen vacía de un cuerpo simulado. Quieren demostrar que es cosa indigna la creencia de que un Dios e Hijo de Dios pueda encerrarse en las entrañas de una mujer y que la majestad de Dios haya pasado por la humillación de que, mezclado con la naturaleza carnal, naciera realmente con un cuerpo de hombre, siendo así que todo esto no es para él (para Dios) una afrenta, sino una muestra de su poder, y no se debe creer que fuera para él una deshonra, sino gloriosa condescendencia. Si aun esta misma luz visible no se corrompe por causa de las inmundicias que alumbra, ni contamina el esplendor de los rayos del sol, que todos bien sabemos se trata de corporal criatura, los lugares sucios y cenagosos que ilumina, ¿qué pudo, pues, ensuciar a la esencia aquella luz sempiterna e incorpórea? La cual, uniéndose a la misma criatura que había formado a su imagen, la purificó y no recibió de ella mancha y curó las llagas de su enfermedad, de modo que ella no sufriese merma en su virtud. Este es el gran misterio de la divina misericordia de las santas Escrituras. Estos enemigos de la verdad de que vamos hablando, despreciaron y rechazaron la luz dada por Moisés y los oráculos de los profetas, inspirados por el Espíritu Santo, y adulteraron las mismas páginas evangélicas y apostólicas, suprimiendo algunas cosas e intercalando otras, inventando bajo los nombres de los Apóstoles y las palabras del mismo Salvador grandes falsedades con que confirmar las fábulas de su error e inyectar el mortífero veneno en las inteligencias de los que quieren perder. Aunque veían que todo se les ponía en contra y que todo se aliaba contra ellos y que la sacrílega locura de su impiedad puede fácilmente refutarse no sólo con el Nuevo, sino también con el Antiguo Testamento; sin embargo, permane-

ciendo firmes en sus locos engaños, no dejan de perturbar la Iglesia de Dios con sus errores, inculcando a aquellos miserables que pudieron seducir para que nieguen que el Señor Jesucristo haya tomado realmente la naturaleza humana y que realmente haya sido crucificado por la salvación del mundo; que nieguen el que brotase de su costado, atravesado por la lanza, la sangre que nos redimió y el agua del bautismo; que nieguen que fue sepultado y que resucitó al tercer día; que nieguen que fue elevado a la vista de sus discípulos sobre lo más alto del cielo para sentarse a la diestra de su Padre y que sin hacer caso de las verdades del Símbolo de los Apóstoles, ningún temor arredre a los impíos y ninguna esperanza sostenga a los justos, y así nieguen que Jesucristo ha de juzgar a los vivos y a los muertos, para que a tantos como les privaron de la virtud de tales misterios, le enseñen a adorar a Cristo en el Sol y la Luna, y bajo el nombre de Espíritu Santo a reverenciar al mismo Manes, maestro de semejantes herejías¹⁸.

Sirva a todos, queridos hermanos, la presente festividad para robustecer nuestros corazones en la fe y en la verdad y nuestras creencias católicas se reafirmen al recuerdo de la infancia del Salvador que hoy se dio a conocer y sea anatematizada la impiedad de los que niegan que Cristo tenga la carne de nuestra naturaleza; de lo cual ya nos avisó oportunamente el Apóstol San Juan con terminantes palabras: *Todo espíritu que confiese que Jesucristo ha venido en carne, procede de Dios; pero todo espíritu que destruya a Jesús, no viene de Dios, sino que es el Anticristo* (I Jo., 2, 4). Nada, pues, de común tenga el cristiano con semejantes personas, ninguna amistad o trato con tales hombres. Redunde en provecho de la Iglesia el que muchos de éstos se han descubierto por la misericordia del Señor y por ellos mismos se ha sabido en qué sacrilegios han vivido. A nadie engañen con sus abstinencias de ciertos manjares ni por sus sucios vestidos ni rostros macilentos. No son puros los ayunos que provienen no de motivos de continencia, sino por arte de engaño. Hasta ahora han podido hacer mal a los incautos y engañar a los inexpertos; pero en lo sucesivo no tendrán excusa semejantes deslices, ni podrá nadie ser tenido por simple, sino por muy perjudicial y perverso, si alguno es descubierto como complicado en tan abominable error. Lejos de cohibir los sentimientos de la Iglesia, que son los mismos de Dios, os animamos a que enderecéis vuestro afecto a rogar con nosotros al Señor por ellos, pues nos compadecemos con llanto y pena de la

pérdida de aquellas almas que fueron engañadas, y siguiendo el piadoso ejemplo del Apóstol sepamos enfermar con los enfermos y llorar con los afligidos. Esperamos que se implorará la misericordia de Dios con abundantes lágrimas y con la legítima satisfacción de los que apostataron; porque mientras se vive en este cuerpo no hay que desesperar del arrepentimiento de ninguno, sino desear la enmienda de todos, con el auxilio del Señor, *que levanta a los que han caído, desata a los aherrojados, ilumina a los ciegos* (Ps., 145, 8), a quien se debe honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON VII

De la Epifanía del Señor. (37)

Necesidad de obrar conforme a lo que se cree. El ejemplo de la infancia de Cristo, norma para la vida del cristiano. (Fiesta de Santa Teresita del Niño Jesús, 3 de octubre) ¹⁹.

El recuerdo de los hechos del Salvador del género humano nos produce, oh dilectísimos, gran utilidad, si nos proponemos imitar lo que creemos. En la ordenación de los misterios de Cristo las virtudes son gracias e incitamentos las enseñanzas, para que imitemos también con el ejemplo de las obras al que confesamos con espíritu de fe. El mismo nacimiento del Hijo de Dios de una madre virgen nos sirve de estímulo a nuestra piedad. A los corazones rectos se les muestra a la vez en una misma persona la humana naturaleza y la majestad divina, y al que la cuna testifica niño el cielo y los espíritus celestiales proclaman su autor. Un niño de cuerpo pequeño es el Señor y Redentor del mundo y el que se recoge en el regazo de una virgen no puede ser encerrado dentro de límites. Más aquí precisamente está la curación de nuestras heridas y la manera de levantarnos de nuestra postración; porque de no haberse juntado en uno solo tanta diversidad no podría haberse reconciliado con Dios la humana naturaleza.

Nuestro remedio está en seguir la ley de la vida, que si es norma de las costumbres es también medicina para los muertos. Y no sin razón cuando los tres Magos fueron guiados a adorar al Niño por la claridad de una estrella, no le vieron imperando a los demonios, ni resucitando a los muertos, ni dando vista a los ciegos, o facultad de andar a los cojos y habla a los mudos u obrando cualquier otra acción divina, sino que le encontraron niño calladito y sin moverse, atenido a la solicitud de su madre, en todo lo cual no se manifestaba en ninguna señal divina, sino que ofrecía un magnífico milagro de humildad. El mismo raro ejemplo de humildad al que todo un Dios e Hijo de Dios se acomodó más que predicación por los oídos es cosa que se mete

por los ojos, porque al carecer de voz quería enseñar a la vista. Toda la victoria del Salvador con que venció al diablo y al mundo la empezó con la humildad y con ella la remató. Comenzó su vida siendo perseguido y la acabó con la persecución. No faltó al niño tener que sufrir, ni en los sufrimientos perdió jamás la mansedumbre infantil, pues el Unigénito Hijo de Dios al rebajarse en su majestad consiguió a la vez el nacer como hombre y el poder morir por los hombres.

¿Si pues la omnipotencia de Dios hizo que nuestra causa, que estaba perdida, se salvase en gracia de su humildad, y por ello destruyó a la muerte y al autor de la muerte, pues no rehusó nada de cuanto sus perseguidores echaron encima, antes hecho obediente al Padre aguantó con dulzura y paciencia los tormentos de sus verdugos, cuánto no conviene que seamos nosotros humildes y sufridores, porque si nos viene algún trabajo, sabemos que no lo sufrimos sin mérito? *¿Quién se glorificará de tener un corazón limpio o de estar libre de pecado?* (Prov., 20, 9). Y dice a su vez San Juan: *Si dijéramos que no tenemos pecados, nosotros mismos nos engañamos y no está con nosotros la verdad* (I Jo., 1, 8). ¿Luego quién podrá considerarse tan ajeno al pecado que no tenga algo la justicia que reprocharle o la misericordia que perdonarle? De donde, amadísimos, la regla de la cristiana sabiduría consiste no en la abundancia de palabras, no en la sutileza de la discusión, no en el afán de la gloria y alabanzas, sino en la verdadera y voluntaria humildad, que nuestro Señor Jesucristo eligió y enseñó con gran valor desde el vientre de su madre hasta el suplicio de la cruz. Pues disputando en cierta ocasión sus discípulos, como refiere el Evangelista, *cuál de ellos sería mayor en medio de ellos y dijo: En verdad os digo, como no os convirtáis y os hagáis como los pequeños no entraréis en el reino de los cielos. Todo el que se humilla como este niño, ése será el mayor en el reino de los cielos* (Luc., 22, 23 y Mat., 18, 1). Ama Cristo a la infancia por ser el primer estado que asumió en su alma y en su cuerpo. Ama Cristo a la infancia porque es maestra de la humildad, modelo de inocencia, ejemplo de mansedumbre. Ama Cristo a la infancia, hacia la cual dirige las costumbres de los mayores, y los años de los ancianos, y deben acomodarse a tal regla los que pretendan subir al reino eterno.

Mas para que podamos entender plenamente cómo nos será posible conseguir tan asombrosa transformación y mediante qué cambio podremos volver al estado de niño, tomemos por maestro a San Pablo, que nos dice: *No os hagáis como los niños en el modo de entender,*

sino sed como los pequeños en cuanto a la carencia de lo malo (I Cor., 14, 20). No debemos, por lo tanto, volver a los juegos de la niñez y a las torpezas de los primeros años, sino imitar ciertas cosas que son convenientes hasta para la edad madura. Podemos tomar, por ejemplo, de esta edad que sea pasajera en nosotros toda turbación y rápida la vuelta a la paz; que no guardemos rencor de las ofensas, ni ambicionemos altos puestos, debemos fomentar el mutuo intercambio y guardar la igualdad de ánimo. Gran ventaja es no saber hacer daño a nadie ni maquinare maldades, porque en injuriar y devolver las injurias consiste la astucia de este mundo; pero no devolver a nadie mal por mal es propio del estado de la infancia y de la serenidad cristiana. A tal semejanza con los niños, carísimos hermanos, nos invita el misterio de la fiesta de hoy, y el Salvador adorado por los Magos en forma de niño nos inculca este tipo de humildad; el cual, para manifestarnos la gloria que reserva a sus imitadores, consagró con el martirio el nacimiento de los que vieron la luz en sus mismos días, y que merecieran participar en una común persecución los que por nacer, como Cristo en Belén, resultaban ser además sus compañeros por razón de la edad. Amen los fieles la humildad y eviten, sobre todo, la soberbia. Cada cual prefiera a su prójimo a sí mismo, y nadie busque su particular provecho, sino el del prójimo; de esta forma el abundar en todos los sentimientos de amor, los corazones se verán libres de la ponzoña de la envidia, porque *el que se exalta será humillado y el que se humilla será exaltado* (Luc., 14, 11), según lo atestigua nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON VI

De Cuaresma. (42)

La Cuaresma es tiempo de expiación; mas conviene vigilar, porque el demonio no duerme. Se reprueban las prácticas de los Maniqueos. (1.^a Dominica de Cuaresma).

Teniendo que hablaros, amadísimos, del sagrado y gran ayuno, ¿por dónde mejor empezaré que por las palabras del Apóstol, por quien Cristo nos habla, y diré lo que acaba de leerse ²⁰? *Ha llegado ahora el tiempo favorable; ha llegado el día de la salvación* (II Cor., 6, 2). Aunque no haya ciclos del año a los que no estén asignados dones divinos y se nos conceda en todo tiempo acercarnos al perdón de Dios, sin embargo conviene que ahora las almas de todos se dispongan al aprovechamiento espiritual con mayor diligencia y se animen con una confianza más amplia, ya que la llegada del día en que fuimos redimidos nos invita a todos los ejercicios de piedad, para que así celebremos el misterio, sobre todos excelente, de la Pasión del Señor con pureza de alma y cuerpo. Y a la verdad que tan grandes misterios merecerían una perpetua y continua devoción, de modo que permaneciéramos en presencia de Dios tales cuales es justo nos encontremos el día de la Pascua. Mas como esta fortaleza pocos la tienen, mientras que de un lado la observancia más austera se afloja a causa de la flaqueza de la carne, y de otro, las muchas ocupaciones de la presente vida solicitan nuestra atención, ocurre que los mismos corazones fervorosos se manchan con el polvo del siglo. Y por eso proveyó Dios esta saludable institución para que recobrásemos la pureza de las almas mediante el ejercicio de estos cuarenta días, en los que las obras piadosas reparen los pecados de otros tiempos y los castos ayunos los destruyan.

Al entrar, pues, queridísimos, en los días de los grandes misterios, consagrados al ayuno, procuremos obedecer los mandatos del Apóstol *limpiándonos de toda mancha en el alma y en el cuerpo* (II Cor., 7,

1), a fin de que, refrenadas las luchas existentes entre ambos elementos, el alma, que está a las órdenes de Dios y que ha de gobernar al cuerpo, obtenga la dignidad de su rango; de suerte que no dando a nadie motivo de ofensa, podamos vernos libres de las críticas de los calumniadores. Nos reprenderían justamente los infieles y por nuestra culpa las lenguas paganas se armarían contra la religión si el proceder de los que ayunan estuviera en contradicción con la pureza de una perfecta continencia. Pues la perfección del ayuno no consiste solamente en la privación del manjar, ni se priva con fruto al cuerpo de la comida sin apartar al alma del pecado y cohibir de la murmuración a la lengua. De tal forma hemos de poner freno al apetito de comer que por igual ley se repriman las otras pasiones. Es tiempo éste de mansedumbre y paciencia, de paz y tranquilidad, en el que, excluyendo todo contagio de los vicios, adquiramos la perennidad de todas las virtudes. Aprenda ahora la fortaleza de las almas piadosas a perdonar las culpas, disimular las ofensas y olvidar las injurias. Ejercítese ahora el alma fiel a diestra y siniestra con las armas de la justicia, para que por gloria y deshonor, por infamia y buena fama su segura conciencia y honradez constante no la ensoberbezcan las alabanzas ni la depriman los oprobios. La compostura de los devotos no sea triste, sino santa, ni pueda hallarse en ellos murmuraciones o quejas, puesto que no les faltarán los consuelos de los santos gozos. No teman disminución de su patrimonio por el ejercicio de las obras de misericordia. Siempre fue rica la cristiana pobreza, puesto que más es lo que tiene que aquello de que carece. Ni se asusta el que practica el bien que algún día se le pueda terminar la posibilidad de ejercitarlo, ya que fue alabada la exquisita religiosidad de la viuda del Evangelio por entregar dos monedas y tiene premio la largueza desinteresada del que da un vaso de agua fría. La benignidad de los fervorosos se mide por el afecto y, por tanto, nunca faltará eficacia a la compasión de quien no pierda la misma misericordia. Bien experimentó esto la viuda de Sarepta (3 Reg., 17, 9), que ofreció a Elías en tiempo de hambre el único alimento que tenía para aquel día, y prefiriendo la necesidad del profeta a la suya propia gastó resueltamente su poquito harina y aceite. Mas no le faltó aquello mismo que fielmente empleó, y en los mismos vasos que había vaciado con piadoso despilfarro nació una nueva fuente de abundancia, al objeto de que no disminuyese con tan santo uso la abundancia de los manjares que no había dudado gastar.

En medio de estos buenos deseos, a los que voluntariamente os

suponemos preparados, no pleiteéis con el diablo, que hostil a todas las virtudes y envidioso, se arma de su maldad para tender lazos a la piedad valiéndose de la misma piedad, y a los que no puede derribar por la desconfianza pretende hacerlo por la vanagloria. Muy vecino está a las buenas acciones el mal de la soberbia e insidia la jactancia cerca de las virtudes, porque es muy difícil que no alcance a quien laudablemente vive la alabanza humana, a no ser que, como está escrito, *el que se gloria, se gloríe en el nombre del Señor* (II Cor., 10, 17). ¿Quién hay cuyos propósitos no se atreva a atacar este nefando enemigo? ¿Qué ayunos no querrá contaminar? ¿Pues qué, cuando no contuvo sus malas artes ni ante el mismo Salvador del mundo, como nos acaba de declarar la lectura del Evangelio? ²¹. Extrañándole aquel ayuno de cuarenta días con sus noches, quiso averiguar astutamente si tan prolongada abstinencia la tenía Cristo como propia o le había sido concedida, a fin de no temer acabar las obras de sus tentaciones, si el Señor era de la condición que acusaba su cuerpo. En primer lugar, quiso averiguar con engaño si efectivamente El era el creador de todas las cosas, con poder para mudar sus naturalezas a voluntad. En segundo lugar, a ver si bajo las apariencias de forma humana se escondía la divinidad, con lo que podría abrirse camino por los aires y sostener los miembros de su cuerpo en el espacio. Mas queriendo el Señor oponerle mejor la rectitud de hombre verdadero que manifestarle el poder de su divinidad, dirigió la astucia del tercer engaño a tentar el apetito de mando de quien no había dado muestra de poder divino y a obligarle a que le adorase con la promesa de los reinos del mundo. Mas la prudencia del diablo la hizo necia la sabiduría de Dios, para que tan soberbio enemigo fuera aherrojado con aquello mismo que él otras veces había atado a los mortales, ni tuviera así reparo en perseguir a quien convenía muriera por la salvación del mundo ²².

Hemos de precavernos, contra los engaños de este enemigo no sólo en los halagos de la gula, sino también en la práctica de la abstinencia. Quien supo causar la muerte del género humano por el manjar, sabe también por este medio viciar el ayuno, y para el engaño contrario usa de sus esclavos los Maniqueos ²³, y así como entonces indujo a coger el fruto vedado ahora persuade a no comer lo permitido. Util es la regla de acostumbrarse a comida parca para reprimir los deseos de placer, pero maldita la doctrina de aquellos para quienes hasta en el ayunar hay pecado. Condenan los seres de la naturaleza

con injuria del Creador y afirman que se contaminan los que comen de aquellos manjares, que tienen por origen al diablo y no a Dios, cuando de hecho no exista ninguna substancia directamente mala ni naturaleza alguna procedente del mismo mal, pues fue el buen Creador el que las hizo a todas buenas y uno solo es el autor de todas, *quien hizo el cielo, la tierra, el mar y todas las cosas que en ellos están* (Ps., 57, 3). De las cuales, lo que se ha concedido al hombre para su comida y bebida es limpio y santo en la calidad de su género; mas si se toma con inmoderada glotonería es el exceso quien deshonra a los comilones y borrachos no la naturaleza de la comida ni de la bebida. *Todas las cosas son limpias* dice el Apóstol, *para los limpios, mas para los manchados e infieles nada hay limpio, puesto que su conciencia y entendimiento están manchados* (Tit., 1, 15).

Pero vosotros, mis amados, prole santa de la madre católica, a quienes, el Espíritu de Dios instruyó en la escuela de la verdad, moderad vuestra libertad con freno conveniente, sabiendo que es bueno abstenerse hasta de las cosas lícitas, y puesto que hemos de vivir más mortificados, sepamos haber seleccionado los manjares, absteniéndonos de su uso no condenando su naturaleza. No contagiéis del error de quienes se manchan con tales prácticas: *sirviendo con preferencia a las criaturas que al Creador* (Rom., 1, 25), ofreciendo su repugnante abstinencia a los astros del cielo, ya que en honor del Sol y de la Luna determinaron ayunar el primero y segundo sábado, doblemente impíos por una obra de su perversidad, doblemente profanos los que instituyeron su ayuno para dar culto a los astros y despreciar la resurrección del Señor. Se apartan del misterio de la salvación del género humano y no creen que Cristo nuestro Señor nació en carne mortal verdaderamente de nuestra misma naturaleza, ni que padeció, fue sepultado y resucitó en verdad. Y por eso condenan el día de nuestro gozo con la tristeza de su ayuno. Y cuando para ocultar su infidelidad se atreven a asistir a nuestras asambleas religiosas, de tal manera proceden en la comunión de los sacramentos, que algunas veces, como no pueden pasar totalmente desapercibidos, toman con su boca indigna el Cuerpo de Cristo, mas rehúyen absolutamente beber la Sangre de nuestra redención. Por lo cual os damos a conocer estas cosas para que conozcáis a tales hombres por semejantes señales y a quien se cogiese en esta sacrílega burla sea expulsado de la sociedad de los santos (sea excomulgado) por la autoridad de los sacerdotes. El bienaventurado Apóstol Pablo advierte claramente a la Iglesia de Dios

sobre tales personas cuando dice: *Os rogamos, hermanos, que vigiléis a los que ponen obstáculos y crean discordias con doctrinas distintas de las que os hemos enseñado; por tanto, apartaos de ellos. Los tales no sirven a Cristo Señor, sino a su vientre, y mediante palabras dulces y halagadoras seducen los corazones de la gente sencilla* (Rom., 16, 27, 33).

Instruidos, amados hermanos, lo suficiente con estos nuestros avisos, que frecuentemente os metemos por los oídos contra tan execrable error, acoged los días de Cuaresma con piadosa devoción, y preparaos por las obras de caridad a conseguir la misericordia de Dios. Apagad la ira, destruid los odios, amad la unión y ayudaos mutuamente con servicios de humildad. A los siervos y demás que os están sujetos gobernadlos con equidad: ninguno de ellos sea atormentado con mazmorras o con grillos. Cesan las venganzas, perdónense las ofensas; la blandura sustituya a la severidad, la mansedumbre a la indignación, la paz a la discordia. Todos nos hallen moderados, sosegados y benignos, para que nuestros ayunos sean aceptos a Dios. Al cual finalmente ofrecemos un sacrificio de verdadera abstinencia y piedad si sabemos apartarnos nosotros de toda malicia, auxiliándonos en todo Dios omnipotente, al cual con el Hijo y el Espíritu Santo corresponde una sola Deidad y una sola Majestad por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON IX

De Cuaresma. (47)

Por el ayuno cuaresmal se preparan los cristianos a las solemnidades pascales. No basta la rectitud de vida sin la fe, sobre todo en la Divinidad y Humanidad en Cristo. Dios se aplaca con la misericordia y el perdón de las injurias. (Domingo de Pasión).

Bien sabemos, queridos hermanos, que entre todas las solemnidades cristianas el misterio pascual es el que ocupa el primer lugar, y para celebrarle digna y convenientemente nos preparamos reformando nuestra vida durante todo el año; pero los días presentes nos exigen todavía una mayor devoción, dada su proximidad a los sublimes misterios de la misericordia divina. Para estos días los Santos Apóstoles, por inspiración del Espíritu Santo, ordenaron más rigurosos ayunos, con objeto de que, unidos a la cruz de Cristo, también nosotros suframos algo de lo que Cristo sufrió por nosotros, y así, como dice el Apóstol: *Si padecemos juntamente con Cristo también seremos con El glorificados* (Rom., 8, 17). Podemos estar ciertos esperando la bienaventuranza prometida si participamos de la pasión del Señor. A nadie, amadísimos, se niega la participación en esta gloria, aun en las circunstancias actuales, como si la tranquilidad y la paz nos privasen de la práctica de la virtud. Ya nos lo advierte el Apóstol: *Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo sufrirán persecución* (II Tim., 3, 12), y, por lo tanto, nunca faltarán las pruebas de la persecución si no se deja la práctica de la virtud. Y es el mismo Señor el que en sus exhortaciones nos dice: *Quien no coge su cruz y me sigue, no es digno de mí* (Mt., 10, 38). Ni cabe dudar de que estas palabras no sólo iban dirigidas a los discípulos de Cristo, sino también a todos los fieles y a la Iglesia, que escuchaba toda ella su salvación en la persona de aquellos pocos, presentes entonces. Y del mismo modo que tenemos obligación de vivir piadosamente en todo tiempo, así tam-

bién en todo tiempo debemos llevar nuestra cruz, la que con razón se llama propia de cada uno, porque cada cual la soporta según sus disposiciones y peculiar capacidad. Uno es el nombre de la persecución, pero la causa del combate no es una sola, y generalmente hay más peligro en el enemigo que insidiosamente te acecha que en el adversario declarado. El bienaventurado Job, enseñado, por lo tornado que son los bienes y males de este mundo, solía decir con razón: *¿Acaso no es una tentación o prueba toda la vida del hombre sobre la tierra?*, porque no solamente es acosada el alma fiel por los dolores y sufrimientos del cuerpo, sino también, aun suponiendo ausencia de malestar en sus miembros, padece enfermedad grave si está relajada por el placer de la carne. Pero como la carne tiene deseos contrarios a los del espíritu, y el espíritu a los de la carne, el alma racional, con el auxilio de la cruz de Cristo, no consiente en los deseos culpables al ser tentada, por sentirse como traspasada por los clavos de la contención y del temor de Dios. A los que se proponen permanecer en la virtud no les faltan, por instigación del diablo, la enemistad de los que no piensan como ellos, y fácilmente se inclinan al odio, al aparecer mucho más detestable su manera de proceder, si se la compara con la de los virtuosos. No hay paz posible entre la iniquidad y la justicia. La gula odia a la templanza, la doblez no hace liga con la verdad, la soberbia desprecia a la mansedumbre, la petulancia al recato, la avaricia a la generosidad, y son tan enconados los problemas entre esta diversa manera de ser, que aun pareciendo están en paz exterior, persiste en inquietar de continuo los corazones de las personas piadosas, para que resulte verdad aquello de que *quienes quisieren vivir piadosamente en Cristo, padecerán persecución* (II Tim., 3, 12); y sea igualmente verdad que esta vida es una perpetua prueba. Enseñado cada fiel por su propia experiencia, ármese de la cruz de Cristo para que sea tenido digno de él.

El diablo nos pone astutamente asechanzas a los que esperamos alcanzar premios eternos por medio de esta lucha, para que pues no pudo destruir nuestra santificación, socave al menos nuestra fidelidad. Todo aquel que se aparta de la confesión de la verdad declina del verdadero camino y tira por otro extraviado, y tanto más cercano de la perdición cuanto más retirado esté de la luz de la católica fe. Sejamente desgracia padecen en nuestros días, quienes por su culpa ha renovado la vieja herejía, basada en principios erróneos, refutados, y condenados ya en tiempos anteriores, que se atreve a negar la doble

naturaleza de Cristo ²⁴, bien afirmando que no había tomado carne verdadera, bien asegurando que la Divinidad había quedado convertida en carne, para negar como Maniqueo la resurrección del que no había padecido o para sostener, como Apolinar, que la misma Divinidad mutable del Verbo es la que sufre. El querer sentir esto, el querer divulgarlo entre el pueblo cristiano, ¿qué otra cosa es que destruir los fundamentos de nuestra religión y negar que el Cristo sea verdaderamente Hijo de Dios y verdadero hijo del hombre? La redención del género humano fue atestiguada por la ley, prometida por los profetas y anunciada en todas las figuras del Antiguo Testamento con el solo fin de que este grande misterio de la divina misericordia, que había de aprovechar a todos los siglos y había sido anunciado tanto tiempo hacía, no fuera objeto de duda, una vez realizado en la época señalada. Podemos, pues, decir, que desde que el *Verbo se hizo carne* (Jo., I, 14) de tal modo hay en Cristo una persona que no admite la división de una y otra naturaleza en ninguna de sus acciones. Tiende el Evangelio a confesar con frecuencia como hijo del hombre al que llama Hijo de Dios, para que todas aquellas cosas que se diferencian entre sí, por pertenecer unas a la Divinidad y otras a la Humanidad, se incluyan en el nombre común de Hijo del hombre, no sea que al confesar que el Señor Jesucristo nació de la Virgen María, vacilemos, en creer que hay humanidad en Dios o que hay Divinidad en el hombre, para que sea verdadera en el Verbo la humildad de la naturaleza humana recibida, y en la naturaleza humana la majestad del Dios que la recibe.

Baste, pues, como sabéis os he instruido muchas veces desde aquí, baste este ligero esbozo, mis queridos hermanos acerca de la Encarnación del Verbo, con motivo de la Pascua, a la que nos debemos preparar con pureza de corazón. Ahora os amonesto conforme a lo que el tiempo parece exigir: debéis adornar el santo y saludable ayuno con obras de piedad. Y como el esfuerzo general se debe dirigir al perdón de las injurias, mereceréis indudablemente vosotros la misericordia divina, si también perdonáis a vuestros súbditos todas sus faltas. Es conveniente que nos acerquemos y que se acerquen los pueblos a tan gran festividad pacificados y reconciliados, de modo que la severidad en los castigos, hasta en los públicos juicios ahora suavizada ²⁵ halle mitigación con mayor motivo en los corazones de los cristianos. Todos debemos desvivirnos, para que nadie tenga frío, ni padezca hambre, ni se consuma por su pobreza, ni se acongoje en su

tristeza, para que nadie esté preso con grillos ni metido en la cárcel. Y aunque existan las causas más agravantes en una ofensa, sin embargo, un hombre no debe echar en cara a otro hombre aquella grave injuria, sino considerar más bien la mutua igualdad de naturalezas para obtener misericordia del Dios que le juzgará a él según la medida con que él juzgue a los demás: *Bienaventurados los misericordiosos, porque también de ellos tendrá misericordia Dios* (Mt., 5, 7) que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Sermón en la Transfiguración del Señor. (51)

En la transfiguración del Señor resplandece su divinidad y la verdad de su humanidad; se deshace el escándalo de la cruz y aparece la concordia entre ambos Testamentos. Se explica el testimonio del Padre, *Hic est Filius meus* etcétera. (Sábado de las Cuatro Témporas de Cuaresma y Dominica II de Cuaresma).

La lectura del Evangelio, carísimos hermanos, que por los oídos del cuerpo ha penetrado hasta el oído interior de nuestras almas, nos invita a entender un gran misterio, lo que más fácilmente conseguiremos con la gracia de Dios si referimos nuestra atención a las palabras que poco ha nos han sido narradas. El Salvador del género humano, Jesucristo, trayéndonos aquella fe que devuelve a los impíos a la santidad y a los muertos a la vida, adoctrinaba a sus discípulos con enseñanzas y milagros a fin de que creyesen que el mismo Cristo es a la vez el Unigénito de Dios y el hijo del hombre. Pues una sola de estas cosas sin la otra no servía para la salvación, e igual peligro existía en creer que el Señor Jesucristo o era sólo Dios sin ser hombre, o era solamente hombre sin ser Dios, porque así como una verdadera humanidad se había unido a la divinidad, así al hombre se le había agregado la divinidad. Para confirmar, pues, en el conocimiento de esta saludable creencia había preguntado el Señor a sus discípulos qué pensaban y sentían ellos de El, entre las varias opiniones de los demás. Entonces fue cuando el Apóstol Pedro, por revelación del eterno Padre, pasando por encima de lo humano y corporal, vio con los ojos del alma al Hijo de Dios vivo y confesó la gloria de la Divinidad, porque no reparó únicamente en la sola sustancia de la carne y de la sangre. Y tanto agradó en la sublimidad de esta fe, que agraciado con la felicidad de la bienaventuranza, recibió la sagrada fortaleza de la piedra incommovible, sobre la cual fundada la Iglesia habría de prevalecer contra las puertas del infierno, y las leyes de la muerte, y en absolver o retener cualquier clase de juicios, se tendrían por ratificados en el cielo lo que Pedro hubiese determinado.

Mas la grandeza de esta alabada inteligencia, oh carísimos, tenía que ser adocinada sobre el misterio de la naturaleza inferior (la humana), no ocurriera que la fe apostólica, levantada hasta confesar la Divinidad en Cristo, estimase incompatible e indigna de un Dios la carga de nuestra enfermedad, y así juzgase de tal modo glorificada en él la naturaleza humana, que no pudiera ser afectada por los tormentos ni alcanzada por la muerte. Y así diciendo el Señor que convenía que él fuera a Jerusalén y padeciera muchas cosas por parte de los ancianos y escribas y de los príncipes de los sacerdotes, y ser muerto, y al tercer día resucitar, como San Pedro, que iluminado con luz de lo alto, ardía en la confesión del Hijo de Dios, rechazase las ofensas y la deshonra de una muerte cruelísima con desprecio religioso, según él pensaba, fue corregido con una suave reprensión y animado a participar con él de su pasión. Toda la subsiguiente exhortación del Señor una cosa enseñó e inspiró, que los que quieren seguirle se nieguen a sí mismos, y por la esperanza de los bienes eternos reputen en poco la pérdida de los temporales; porque aquel finalmente salvará su alma el que no dude perderla por Cristo. Para que los Apóstoles concibiesen con toda su alma esta dichosa fortaleza, y no temblasen nada ante la aspereza de la cruz, para que no se avergonzasen de la pasión de Cristo, no tuviesen por denigrante el padecer lo mismo, pues de tal modo superarían los suplicios de la tortura que no perderían la gloria del reino, *tomó Jesús a Pedro, a Santiago y al hermano de éste, Juan* (Mt., 16, 28), y subiendo con ellos solos a un monte elevado les manifestó el resplandor de su gloria, porque aunque creían en él la majestad de Dios, sin embargo, ignoraban el poder del cuerpo bajo el que se ocultaba la Divinidad. Y por eso había prometido sería y eficazmente que algunos de los discípulos que estaban con él no gustarían la muerte antes de ver al hijo del hombre que a estos tres varones quiso se manifestase como perteneciente a la naturaleza de hombre que había tomado. Pues aquella inefable e inaccesible visión eterna para los limpios de corazón, de ninguna manera podían verla y comprenderla los que estaban revestidos aún de la carne mortal.

Manifiesta el Señor su gloria ante los testigos elegidos y hace brillar con tal resplandor aquella forma corporal que le es común con los demás mortales, que su rostro semeja el fulgor del sol y el vestido iguala la blancura de la nieve. Con esta transfiguración pretendía especialmente sustraer el corazón de sus discípulos del escándalo de la cruz, y evitar que la voluntaria ignominia de su pasión hiciese

flaquear la fe de los mismos a quienes iba a manifestar la excelencia de su dignidad oculta. Fundamentábase asimismo con no menor providencia la esperanza de la santa Iglesia, reconociendo el cuerpo (místico) de Cristo la transformación con que iba a ser agraciado, pues cada miembro puede prometerse participará de la gloria que con anterioridad resplandeció en la cabeza. Lo cual ya antes había sido predicho por el Señor, cuando hablaba de la majestad de su venida: *Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre* (Mt., 13, 42, confirmándolo el Apóstol Pablo al decir: *Pienso, desde luego, que no son equivalentes los sufrimientos de esta vida para la gloria venidera que se nos va a revelar* (Rom., 8, 16). Y en otra parte: *Estáis muertos y vuestra vida está soterrada con Cristo en Dios. Mas cuando aparezca Cristo, que es vuestra vida, entonces también vosotros resucitaréis con él a la gloria* (Col., 3, 3).

Mas para confirmar a los Apóstoles y elevarlos a un superior conocimiento, se añadió otra enseñanza en aquel milagro. Pues Moisés y Elías; es decir, la ley y los profetas, aparecieron hablando con el Señor, para con toda verdad en aquella reunión de cinco personas se cumpliese lo que estaba escrito: *En la presencia de dos o tres testigos se decida cualquier cuestión* (Mt., 18, 16). ¿Pues se puede dar un asunto más firme o estable que éste, en cuya proclamación suenan al unísono las trompetas del Antiguo y del Nuevo Testamento, y con respecto al cual el testimonio de los antiguos está conforme con la predicación evangélica? Y, claro está, que las páginas de ambos Testamentos se confirman mutuamente, y el que había sido anunciado por las figuras pasadas y bajo el velo de los misterios, el resplandor de la gloria presente lo muestra manifiesto y patente. Pues como dice San Juan, *la ley ha sido dada por Moisés, más la gracia y la verdad han sido hechas por Jesucristo* (Jo., 1, 17), en el cual se han cumplido las promesas de las proféticas alegorías y la razón de los preceptos legales al enseñar como verdadera la profecía con su presencia y hacer posibles los mandatos con su gracia.

Animado, pues, el Apóstol Pedro con la revelación de estos misterios, despreciando las cosas mundanas y hastiado de las terrenas, sentíase arrebatado en un como éxtasis por las cosas celestiales, y lleno de gozo con la contemplación, quería morar allí con Jesús, en donde se regocijaba con la visión de su gloria. Esto es lo que le mueve a exclamar: *Señor, bien se está aquí; si quieres levantaremos tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías*. Pero el

Señor no contestó nada a semejante insinuación, como indicando que sin ser malo era desordenado lo que pedía, ya que el mundo no puede salvarse sino co la cruz de Cristo, y a ejemplo del Señor debe acomodarse la fe de los creyentes, porque aun sin dudar de las promesas de la bienaventuranza, entendamos que entre las tentaciones de esta vida antes hemos de pedir el sufrir las que su gloria, pues la felicidad de reinar de ningún modo puede preceder al tiempo del sufrir.

Cuando todavía estaba hablando una nube resplandeciente los envolvió y se oyó una voz de entre la nube que decía: *Este es mi Hijo muy amado, en quien mucho me he complacido, oídle a él* (Mt., 17, 5). Presente estaba el Padre en su Hijo, y de aquella claridad del Señor, que había sido mostrada a los discípulos, no se separaba del Unigénito la esencia del Engendrador, pero para expresar mejor la propiedad de cada persona, como el resplandor del cuerpo mostraba el Hijo a los ojos, así la voz de la nube manifestaba el Padre al oído. Escuchaba esta voz, los discípulos cayeron sobre sus rostros y temieron mucho, no sólo por la majestad del Padre, sino también por la del Hijo: con un conocimiento superior comprendieron que era una misma la divinidad de ambos, y porque ninguna duda había en su fe, también usó distinción en su temor. Amplio y completo fue aquel testimonio, y entendido mejor por el significado de las palabras que por el sonido de la voz. ¿Al decir el Padre: *Este es mi Hijo muy amado, en quien mucho me he complacido, oídle a él*, no entendieron, evidentemente, que *éste es mi Hijo*, que procede de mí y vive conmigo sin razón de tiempo? Porque ni el Engendrador es anterior al Engendrado ni el Engendrado es posterior al Engendrador. *Este es mi Hijo*, a quien la Deidad no separa o hace distinto de mí ni el poder le hace otro, ni la eternidad contrario. *Este es mi Hijo*, no adoptivo, sino propio; no creado de otra parte, sino engendrado por mí; ni hecho semejante a mí siendo de distinta naturaleza, sino que siendo de mi misma esencia nació igual a mí. *Este es mi Hijo, por quien han sido hechas todas las cosas, y sin él nada ha sido hecho* (Jo., 1, 3), porque todo lo que yo hago, igualmente lo hace él, y todo lo que obro, lo obra él inseparablemente conmigo. El Padre está en el Hijo, y en el Hijo el Padre, y nunca hay división en nuestra unidad. Y aun siendo yo distinto en cuanto engendré, a él en cuanto engendrado, sin embargo, no podéis vosotros pensar cosa distinta de él, que lo que podáis pensar de mí. *Este es mi Hijo*, que la igualdad que conmigo tiene no la consiguió por robo ni la alcanzó por usurpación; sino que permane-

ciendo en la misma suerte de gloria que yo, para llevar a cabo la determinación acordada por ambos de redimir al género humano, rebajó su inamisible divinidad hasta tomar la apariencia de esclavo.

Oíd, pues a éste con fe firme, en quien me complazco sobremane-
ra, y en cuya predicación me revelo, en cuya humildad soy clarifica-
do. El es la verdad y la vida, él es mi misma virtud y sabiduría. *Oíd a éste*, al que anunciaron los secretos de la ley, al que cantaron las bocas de los profetas. *Oíd a éste*, que redime al mundo con su sangre, aherroja al diablo y destruye sus poderes, que cancela el decreto del pecado y los pactos de la prevaricación. *Oíd a éste*, que facilita el camino del cielo y por el suplicio de la cruz nos prepara los escalones para subir al reino. ¿Por qué teméis por vuestra redención? ¿Por qué tembláis los enfermos por vuestra salvación? Hágase la voluntad de Cristo, que es la mía. Despojáos del miedo carnal y revestíos de la fiel constancia. Es irracional el que temáis por la pasión del Salvador, cuando en virtud de sus méritos no temeréis ni la propia muerte.

Estas cosas, carísimos hermanos, no se dijeron solamente para utilidad de aquellos que las oyeron con sus propios oídos, sino que en aquellos tres apóstoles toda la Iglesia aprendió cuanto ellos vieron y oyeron. Confírmese, pues, según la predicación del santo Evangelio la fe de todos, y nadie se avergüence de la cruz de Cristo, por la cual el mundo ha sido redimido. Ni nadie tema padecer algo por la justicia, o desconfíe de recibir el premio prometido, porque por los trabajos llegamos al descanso y por la muerte a la vida, ya que él se hizo cargo de toda la debilidad de nuestra naturaleza, y si perseveramos en confesarle y amarle, venceremos como él venció y alcanzaremos lo que nos prometió. Porque ya para cumplir sus mandamientos, ya para soportar las adversidades, la voz del Padre debe resonar siempre en nuestros oídos: *Este es mi Hijo muy amado, en el cual mucho me he complacido, oídle a él*; que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON VII

De la Pasión del Señor. (58)

Razón de elegir Cristo la Pascua para su pasión y actitud de los judíos. Circunstancias en que Cristo, instituyó la Eucaristía. El caso de Judas. La oración del huerto.

Estoy firmemente convencido, amadísimos hermanos, de que la festividad pascual encierra tan sublimes misterios, que no sólo superan las facultades de mi pobre inteligencia, sino la misma capacidad de los mayores ingenios. Pero la actitud ante la majestad de esta obra divina no ha de ser de desconfianza o de temor a prestar el servicio que debo, porque no es razonable pasar por alto el misterio de la salvación humana, aun dado que somos impotentes a explicarlo. Aunque espero que, ayudado de vuestras oraciones, alcanzaremos gracia de Dios para fertilizar con su inspiración la esterilidad de nuestra alma y pueda desarrollar la lengua del pastor las doctrinas que aprovechen a los oídos de la grey cristiana. Al decir el Señor, dador de todo bien: *Abre tu boca y yo te la llenaré* (Ps., 80, 11), nos atrevemos también nosotros a decir: *Señor, abrirás mis labios y mi boca pronunciará tus alabanzas* (Ps., 50, 17). Al empezar ahora mis amados a repasar la historia evangélica de la pasión del Señor, entendemos que fue dispuesto por divina determinación, que los sacrílegos príncipes de los judíos y los impíos sacerdotes que habían buscado ocasión muchas veces de atormentar a Cristo, recibieran poder para desplegar su furor en la solemnidad de la Pascua. Era conveniente que al fin se cumpliera con toda claridad las cosas que por largo tiempo habían sido prometidas con misterios y figuras, para que la oveja verdadera sustituyese a la representativa²⁶ y para que con un solo sacrificio encontraran plena sustitución las ofrendas de diversas víctimas, pues cuanto Moisés había ordenado por mandato de Dios acerca de la inmolación del cordero era anunciado a Cristo y propiamente significaba la muerte de Cristo. Para que las sombras cedieran a la realidad

y cesaran las imágenes ante la verdad presente, el antiguo rito desaparece ante el nuevo, la hostia pasa a ser otra, es sustituida una sangre por otra y al tiempo de ser cambiada la festividad legal es cuando halla su total cumplimiento.

Al congregar los Pontífices a los escribas y ancianos del pueblo en perverso conciliábulo, y al pretender ansiosamente los sacerdotes encontrar pecado en Jesús, los mismos doctores de la ley terminaron por despojarse de la ley y por dejarse arrebatar por culpa propia los ritos patrios. Porque en el momento de empezar la fiesta de Pascua, los que debieran adornar el templo, limpiar los vasos, preparar las víctimas o ocuparse con más piadosa diligencia en las purificaciones prescritas, alimentando un odioso furor de parricidas, emulándose en crueldad, aunque nada habría de conseguir con ajusticiar al inocente y condenar al justo, sino incapacitarse para alcanzar los nuevos misterios y profanar los antiguos. Siendo la única preocupación de los príncipes evitar tumultos, el día de la solemnidad, más les interesaba el crimen, que la santidad del día y tal cuidado más obedecía a su deseo del crimen que a religiosidad. Porque lo que temían los diligentes pontífices y los astutos, sacerdotes no era que con los tumultos de la plebe, en la principal solemnidad pudiera el pueblo pecar sino que Cristo se les escabuliese de entre las manos.

Entre tanto Jesús, conocedor de semejante determinación, mas decidido a cumplir la voluntad de su Padre, cumplía el Antiguo Testamento e inauguraba la nueva Pascua. Estando sentados con él a la mesa, sus discípulos para comer la cena figurativa, al tiempo en que se trataba en la casa de Caifás la manera de dar muerte a Cristo él, instituyendo el Sacramento de su cuerpo y sangre, nos enseñaba la hostia que habíamos de ofrecer a Dios y no esperó a que el traidor se ausentase para instituir el misterio, para demostrar que no estaba irritado por ninguna injuria, pues conocía de antemano su redomada impiedad. El mismo fue el motivo de su perdición, queriendo más seguir al diablo por jefe que a Cristo por caudillo. Al decir el Señor: *En verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar* (Mt., 26, 21), declaró que conocía bien los pensamientos del traidor y no confunde al impío con represión áspera y abierta, sino que le reconviene con advertencia suave y silenciosa para que más fácilmente le corrigiese el arrepentimiento que pudiera despecharle el desprecio.

¿Por qué, infeliz Judas, no te aprovechas de tanta benignidad? Perdona el Señor tus maquinaciones y a nadie sino a ti te las descubre

Cristo; ni tu nombre ni tu persona son descubiertos, sino solamente tocados los secretos de tu corazón por una frase, aunque verdadera, compasiva. No se te niega el honor de pertenecer al Colegio Apostólico ni de participar en la comunión. Vuelve al buen camino, y dejando tu locura, enmiéndate. La clemencia te invita, el Salvador te llama y la misma vida insiste en que lleves mejor vida. Mira que tus sencillos e inocentes condiscípulos tiemblan al conocer el alcance de tu crimen, y todos, antes de poner en claro al autor de tamaña impiedad, se estremecen. Se llenan de pena, no por el remordimiento de la conciencia, sino por la inseguridad de la firmeza humana, temiendo fuese menos cierto lo que cada uno de sí conocía que lo que de antemano veía la misma Verdad. Pero tú (oh Judas), en medio de tanto temblor de los justos, abusas de la paciencia del Señor y te figuras pasar inadvertido por tu misma desfachatez. Añades a tu crimen la petulancia y no te aterras ante señales tan evidentes. Y no atreviéndose los demás a tomar el alimento en el que el Señor había puesto su señal, tú no apartas la mano del plato, porque no habías apartado tu alma del pecado.

Y sucedió, amadísimos, conforme narra el evangelista San Juan, que al haber dado el Señor al que le iba a traicionar, designándole más claramente, el pan mojado, el diablo se apoderó por completo de Judas, y al que había azuzado con malignos pensamientos, terminó poseyéndole al ejecutar éste su impía obra. Sólo con el cuerpo estaba sentado con los demás comensales, mas con su pensamiento andaba tramando la envidia de los sacerdotes, la falsía de los testigos y el odio del populacho ignorante. Por último, viendo el Señor la villanía que estaba dispuesto a cometer, le dijo: *Lo que piensas hacer, hazlo pronto* (Jo., 13, 27). Palabra es ésta no de quien manda, sino de quien transige, no de asustadizo sino de prevenido, es decir, de quien teniendo poder sobre todos los tiempos no quiere poner trabas al traidor para poder redimir al mundo cumpliendo la voluntad del Padre y el crimen que sus perseguidores urdían ni lo incitaba ni lo temía. Después que Judas, por persuasión diabólica, se apartó de Cristo y rompió con la hermandad del colegio apostólico, sin turbarse el Señor por temor alguno y preocupado, solamente de la salvación de los que iba a redimir, ocupó todo el tiempo que faltaba para el ataque de sus perseguidores en sublimes pláticas de sagrada doctrina, como nos refiere el Evangelio de San Juan, elevando los ojos al cielo y orando al Padre por toda la Iglesia, para que todos los que le había dado y

daría el Padre al Hijo fuesen una misma cosa y permaneciesen en la gloria del mismo Redentor, añadiendo finalmente la oración que dice: *Padre, si es posible que pase de mí esta cáliz* (Mt., 27, 39). Mas no conviene creer por esto que el Señor Jesús quisiera evitar su pasión y muerte, cuyos misterios ya había predicho a los discípulos, prohibiendo él mismo al bienaventurado Apóstol Pedro, ardiente en fe y caridad, que usase de espada contra sus enemigos, diciendo: *¿No quieres que beba el cáliz que me dio mi Padre?* (Jo., 18, 11), y es igualmente cierto lo que dijo el Señor, según el Evangelio de San Juan: *De tal modo amó Dios al mundo, que le dio su Hijo Unigénito, para que quienes creyeran en El no perezcan, sino tengan la vida eterna* (Jo., 3, 16); y aquello que dice de él también el Apóstol Pablo: *Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, como hostia a Dios en olor de suavidad* (Eph., 5, 2). Era idéntica la voluntad y determinación del Padre y del Hijo de salvar a todos por la cruz de Cristo y de ningún modo podía trastornarse lo que antes de los siglos eternos con miras misericordiosas había sido dispuesto y prefijado irrevocablemente. Por tanto, quien tomó verdadero y total cuerpo de hombre se revistió asimismo con los sentidos corporales y con los sentimientos del alma humana. Y no porque todo en él estaba lleno de misterios y milagros vayamos a creer que lloró con falsas lágrimas, que tomó la comida con hambre fingida o que durmió con sueño aparente. Padeció desprecios en nuestra pobre naturaleza, se entristeció con tristeza como la nuestra y fue crucificado con dolores iguales a los nuestros. Para esto precisamente echó sobre sí los sufrimientos de nuestra carne mortal, para sanarlos y para lo mismo, gracia para vencerlos. Lo cual ya había profetizado Isaías cuando dijo: *Este cargó con nuestros pecados y padeció por nosotros; y nosotros pensábamos que estaba dolorido, llagado y atormentado. Pero él fue castigado por nuestros pecados y ha enfermado por nuestros delitos y en su amargura hemos sido curados* (Is., 53, 4).

Al decir, mis amados, el Hijo de Dios: *Padre, si puede ser que pase de mí este cáliz*, usa la palabra de nuestra naturaleza y procede conforme a la fragilidad y temblor humanos, para robustecer la paciencia y arrancar el temor en aquello que iba a sufrir. Dejando de pedir después esto mismo, sobreponiéndose en cierta forma al miedo de nuestra flaqueza, en el que no nos conviene quedarnos, pasa a otro sentimiento, y dice, *mas no como yo quiero sino como tú*, y de nuevo dijo, *si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu*

voluntad. Tal palabra en la cabeza es salvación para todo el cuerpo. Esta palabra enseñó a todos los fieles, enfervorizó a todos los confesores, coronó a los mártires. ¿Pues quién hubiera podido vencer los odios del mundo, los torbellinos de las tentaciones, los terrores de los perseguidores, si Cristo no dijera en todo y por todos al *Padre hágase tu voluntad*? Aprendan ya esta palabra todos los hijos de la Iglesia, redimidos con tan gran precio, hechos justos gratuitamente, y cuando ataque la enemiga tentación con cierta violencia, aprovechen la ayuda de tan poderosa oración, para que venciendo al miedo y al temor sepan sufrir. Hasta aquí, amados hermanos, llegamos con nuestro sermón sobre la pasión del Señor, y con objeto de no cansaros demasiado, continuaremos nuestro trabajo el próximo miércoles. No me faltará, si vosotros lo pedís, la gracia del Señor, que me permita cumplir mi promesa. Por nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON VIII

De la Pasión del Señor. (59)

Voluntariedad del sacrificio de Cristo. Actitud de Pilatos y de los judíos. Fruto del sacrificio de Cristo. Virtud de la santa Cruz (Exaltación de la santa Cruz, 14 de septiembre).

Habiendo explicado, queridos hermanos, en el sermón anterior los acontecimientos que precedieron al prendimiento del Señor, resta ya tratar con la ayuda divina de los sucesos de la misma Pasión, conforme habíamos prometido. Pues como el Señor declaró en las palabras de la oración del huerto, tenía verdadera y plenamente la naturaleza humana y la divina, declarando de dónde procedía el que no quisiera padecer y de dónde el que quisiera, y venciendo el miedo de la debilidad y reforzándola con la grandeza de su valor, determinó ejecutar su decisión eterna y opuso al diabólico furor que obraba por medio de los judíos la forma de siervo que no tenía pecado, para que tramitara la causa de todos quien tenía nuestra misma naturaleza aunque libre de culpa. Arremetieron, pues, contra la verdadera luz los hijos de las tinieblas, y usando teas y linternas no pudieron librarse de la noche de su infidelidad, porque no comprendieron al autor de la luz. Apresan a quien estaba dispuesto a dejarse prender y conducen a quien deseaba ser conducido, mas que si quisiera resistirse, nada podrían desde luego ofenderle las manos sacrílegas, pero así se retardaría la redención del mundo y no podría salvarnos sin padecer quien por todos debía morir.

Permitiendo, hiciesen con él cuanto el furor del pueblo clamaba, entre injurias de los sacerdotes es conducido a Anás, suegro de Caifás, y después remitido de Anás a Caifás; luego acusado con necias calumnias y después de las falsedades inventadas por testigos sobornados, es llevado al tribunal de Pilatos, por trasmisión de los pontífices. Estos pisotean el derecho divino y claman *que no tienen otro rey*

fuera del César (Jo., 19, 15), y como súbditos de las leyes romanas, reservan todo el juicio al poder del presidente, buscando en él al ejecutor de su crueldad en vez del árbitro del proceso. Presentaban a Jesús atado con fuertes ligaduras, herido con abundante puñadas y bofetadas, obscurecido de salivazos, condenado anticipadamente a voces, para que con tales antecedentes no se atreviera Pilatos a absolver a quien tantos querían ver perecer. La historia nos dice que ni halló culpa en Cristo ni tuvo valor para sostener su sentencia, y el mismo juez que le proclama inocente es el que le condena, entregando al pueblo malvado la sangre del justo, a pesar de que por el testimonio de su propia conciencia y por el sueño de su esposa conocía que debía abstenerse de ello. No limpian el alma manchada el lavatorio de manos ni con mojar los dedos se purifica lo que perpetra un pensamiento sacrílego. Sobrepasó al pecado de Pilatos el crimen de los judíos, que aterrorizaron a aquél con el nombre del César y después de reconvenirle con palabras biliosas le empujaron a cometer su maldad. Pero tampoco él se vio libre de reato por cooperar con los sediciosos y dejar su propio parecer abrazándose al crimen ajeno.

Pues lo que Pilatos, queridísimos, vencido por la saña implacable del pueblo permitió, fue para deshonar a Jesús con muchos escarnios y vejarse con desconsideradas injurias y el presentarle además azotado, coronado de espinas y vestido de burlas a la vista de los escribas y de los sacerdotes, era pensando poder aplacar los ánimos de sus enemigos, para que saciado ya su odio y envidia no insistiesen en perseguir a quien de tan diversos modos veían afligido. Mas como se inflamase la ira de los que vociferaban que perdonase a Barrabás y condenase a la pena de cruz a Jesús y se repitiese con bramido inigualable por las turbas *su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos* (Mt., 27, 25), consiguieron al fin aquellos inicuos, para su daño, lo que tan insistentemente exigían, cuyos *dientes*, como testificó el Profeta, *eran armas y flechas y su lengua espada afilada* (Ps., 56, 5). En vano guardábanse de crucificar con sus propias manos al Señor de la majestad, contra quien arrojaba las mortales saetas de sus voces y los envenenados dardos de sus palabras. Sobre vosotros, sobre vosotros, falsos judíos y sacrílegos príncipes del pueblo, cae todo el peso de este crimen; y aunque la crueldad del crimen alcance también al presidente y a los soldados, el conjunto del suceso os acusa a vosotros. Y cuando en el suplicio de Cristo pecó Pilatos con su sentencia y la cohorte con su ejecución esto mismo, os hace más dignos del odio

del género humano, pues por las acometidas de vuestro arrebató no pudieron ser ellos inocentes, a pesar de no complacerles vuestra maldad.

Entregado, pues, el Señor al capricho de los sayones, para reírse de su dignidad real le ordenan que cargue con el instrumento de su suplicio, para que se cumpliera lo que ya había previsto el profeta Isaías, al decir: *He aquí que nos ha nacido un niño y se nos ha dado un hijo, cuyo imperio encima de su hombro*. Al llevar, por tanto, el Señor, el madero de la cruz, que había de convertir en cetro de su poder a la vista de los impíos era un gran escarnio, pero revelaba un admirable misterio a los fieles, porque el gloriosísimo vencedor del diablo y poderosísimo destructor de las potestades enemigas, con hermoso continente portaba el trofeo de su triunfo y en los hombros de su invencible paciencia llevaba la señal de nuestra salvación, para que la adoraran todos los reinos, como si ya entonces, diese fuerzas con aquella figura a todos sus imitadores y les dijera: *Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí* (Mt., 10, 38).

Yendo con Jesús las turbas hacia el lugar del tormento, hallaron a cierto Simón Cirineo, para poder entregarle el leño de la cruz del Señor, y así poder simbolizar también con este hecho la fe de los gentiles, para los cuales el leño de la cruz no sería confusión, sino gloria. No fue, desde luego, casual, sino simbólico y misterioso, que mientras los judíos tan cruelmente trataban a Cristo encontraran un extranjero que se compadeciera de él, según dice el Apóstol: *Si padecemos con él, también con él reinaremos* (Rom., 8, 17), no siendo sometido al sagrado oprobio del Salvador ningún hebreo ni israelita, sino un extraño. Por este traslado de la circuncisión a los incircuncisos, de los hijos carnales a los hijos espirituales pasaba la propiciación del cordero inmaculado y la plenitud de todos los misterios. Ciertamente, como dice el Apóstol, *nuestra Pascua es Cristo inmolido* (I Cor., 5, 7), el cual, ofreciéndose al Padre como nuevo y verdadero sacrificio, no en el templo, que ya había dejado de merecer respeto, ni dentro de la ciudad, que había de ser destruida por su crimen, sino fuera y apartado de las murallas, fue crucificado, para que cesando la figura de las antiguas víctimas, la hostia nueva fuese puesta en nuevo altar, y la cruz de Cristo fuese el ara, no del templo, sino del mundo.

Al ser levantado, amadísimos, Cristo en la cruz, no os limitéis a ver en él lo único que veían los impíos aquellos, a quienes se dirige

Moisés cuando dice: *Tu vida estará como suspendida ante tus ojos y temerás día y noche y no creerás en tu vida* (Deut., 28, 66). La presencia del Señor crucificado no podía sugerirles más que el pensamiento de su propio crimen, llenándose, por tanto de temor, no por el que se alcanza la verdadera fe, sino el que atormenta a las conciencias culpables. Nuestra alma, iluminada por el Espíritu de verdad, recibe con libertad y pureza de corazón la gloria que la cruz irradia en el cielo y en la tierra, y entiende con la agudeza interior lo que dijo el Señor al hablar de la proximidad de su pasión: *Se acerca la hora en que el hijo del hombre será glorificado* (Jo., 12, 23), y después: *ahora dijo, mi alma está turbada, y ¿qué diré? Padre, líbrame en esta hora. Y porque he llegado a este trance, Padre, glorifica a tu hijo* (Jo., 12, 27). Y como se oyese la voz del Padre del cielo, que decía: *Te he glorificado y te glorificaré*, contestando Jesús a los circunstantes les dijo: *No se ha dejado oír por mí esta voz, sino por vosotros. Ahora llega la hora de juzgar al mundo, y el Príncipe de este mundo será arrojado fuera. Y yo, cuando sea levantado sobre la tierra, atraeré todas las cosas hacia mí* (Jo., 12, 28-30).

¡Oh admirable poder de la santa cruz! ¡Oh inefable gloria de la pasión! En ella podemos considerar el tribunal del Señor, el juicio del mundo y el poder del Crucificado, Oh, sí Señor: atrajiste hacia ti todas las cosas cuando teniendo extendidas todo el día vuestras manos hacia un pueblo incrédulo y rebelde, el mudo entero comprendió debía rendir homenaje a vuestra majestad. Atrajiste a ti todas las cosas cuando todos los elementos proclamaron en unánime sentencia el crimen execrable de los judíos; cuando al oscurecerse los luminares del cielo y trocándose en tinieblas la claridad del día, la tierra tembló asimismo con extrañas sacudidas y toda la creación se negó a servir a aquellos impíos. Atrajiste a ti todas las cosas cuando rasgó el velo del templo y el Sancta Sanctorum rechazó a sus indignos pontífices, como indicando que la figura se convertía en realidad, la profecía en revelaciones patentes y la ley en evangelio. Atrajiste a ti, Señor, todas las cosas para que la devoción de todas las naciones de la tierra celebrase como misterio revelado y abierto lo que se practicaba entre sombras de figuras en el único templo de Judea. Ahora, efectivamente, el orden de los Levitas resplandece con mayor brillo y la dignidad sacerdotal tiene una mayor grandeza, y la unión que consagra a los Pontífices una mayor santidad, porque tu cruz es la fuente de todas las bendiciones y la causa de todas las gracias, y por ella los creyentes

sacan de la debilidad fuerza, gloria del oprobio y vida de la muerte. Ahora, al cesar también toda clase de sacrificios carnales, toda especie de hostias, la sola ofrenda de tu cuerpo y sangre vale por todo lo anterior, porque tú eres el *verdadero Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo* (Jo., 1, 29), y así cumples en ti todos los misterios, y como un solo sacrificio suple a todas las víctimas, así se hace un solo reino de entre todas las naciones.

Confesemos, amadísimos, lo que el bienaventurado maestro de los gentiles, el Apóstol Pablo, declaró con palabras gloriosas, diciendo: *Fiel palabra y digna de toda aceptación, que Cristo Jesús vino a este mundo a salvar a los pecadores*. Y aquí radica lo maravilloso de la misericordia de Dios para con nosotros, que Cristo no murió por los justos, ni por los santos, sino por los malos e impíos, y al no poder recibir el suplicio de la muerte la naturaleza divina, tomó, sin embargo, al nacer como nosotros, lo que poder ofrecer por nosotros. Ya anteriormente, amenazaba a nuestra muerte con el poder de la suya, diciendo por el profeta Oseas: *Oh muerte, yo seré tu muerte y seré también quien te devore, oh infierno* (Os., 13, 14). Se sometió a las leyes de la ultratumba muriendo, pero resucitando las derogó, y hasta tal punto echó por tierra la perpetuidad de la muerte, que de eterna la hizo temporal. *Y así como todos mueren en Adán, así todos tomarán vida en Cristo* (I Cor., 15, 22). Cúmplase por consiguiente lo que el Apóstol Pablo dice: *Que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió por todos y ha resucitado* (II Cor., 5, 15), y porque lo viejo pasó y todo se ha hecho nuevo, nadie continúe en la vejez de la vida carnal, sino todos, adelantando de día en día, por una piedad mayor, renovémonos. Aunque uno sea muy santo, puede, sin embargo, mientras está en esta vida, mejorarse y superarse. Mas quien no adelante, retrocede, y quien nada adquiere algo es lo que pierde. Hemos de correr por tanto por los caminos de la fe, por las obras de misericordia, por el amor de la justicia, para que celebrando espiritualmente el día de nuestra redención, *no con la levadura añeja de malicia e iniquidad, sino con los ácidos de sinceridad y verdad* (I Cor., 5, 8), merezcamos participar en la resurrección de Cristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON XI

De la Pasión del Señor. (62)

Incapacidad del entendimiento humano para comprender los misterios. La fe de la Encarnación la aprendemos por el Símbolo o Firmeza de la fe de Pedro. Eficacia de la oración de Cristo por sus enemigos, ya que Cristo ha muerto por todos. Misterio de la muerte de Cristo (Domingo de Ramos)

Ya llegó amadísimos, la fiesta, tan deseada y suspirada por nosotros y por todo el mundo, de la Pasión del Señor, que no sufre el que enmudezcamos entre los transportes de las alegrías espirituales, pues aunque es difícil hablar digna y convenientemente muchas veces del mismo tema, sin embargo, no es facultativo del sacerdote privar al pueblo fiel de su predicación, tratándose de un tan grave misterio de la divina misericordia. Siendo la materia en sí misma inefable, por lo mismo proporciona recursos para hablar, y nunca faltará qué decir no agotándose la materia del asunto que se trata. Humíllese, pues, la humana flaqueza ante la gloria de Dios y declárese siempre impotente para exponer las obras de la misericordia divina. Agudicemos nuestros sentidos, quede en suspenso nuestro discurso y nos falten las palabras; es conveniente que nos demos cuenta de la pobreza de nuestro entendimiento para sentir rectamente la majestad de Dios. Por el hecho de decir el profeta: *Buscad al Señor y esforzaos, buscad siempre su rostro* (Ps., 104, 4), nadie crea que hallará todo lo que busca, no sea que deje de acercarse a él, si deja de encaminarse hacia él. Ahora bien, entre todas las obras de Dios ante las cuales desfallece la admiración humana, ¿hay otra que tanto satisfaga a la contemplación del alma y que sea superior a sus fuerzas como la pasión del Salvador? Y cuantas veces meditamos en su omnipotencia, que le hace ser igual y de la misma esencia que el Padre, nos parece más admirable en Dios su humildad que su poder, y más difícilmente se comprende el anonadamiento de la divina majestad que la exaltación suprema de

su forma de siervo. Pero mucho aprovecha para nuestra inteligencia el que aun siendo una cosa el creador y otra la criatura, una la divinidad inviolable y otra la carne pasible, las propiedades de cada naturaleza se junten en una sola persona, y por tanto, ya en sus desfallecimientos, ya en sus exaltaciones, del mismo es la afrenta del que es la gloria.

Con esta regla de fe, amados hermanos, que recibimos en el mismo comienzo del símbolo por la autoridad de los Apóstoles, confesamos que nuestro Señor Jesucristo, al que decimos Hijo único de Dios Padre Todopoderoso, es el mismo que nació también por virtud del Espíritu Santo de María virgen, ni nos apartamos de su majestad cuando creemos que fue crucificado, muerto y resucitó al tercer día. Todas las cosas que son de Dios y del hombre las cumplieron a su vez la Humanidad y la Deidad, y al juntarse la naturaleza impasible a la pasible ni el poder pudo sufrir mengua de la debilidad (de la naturaleza humana) ni la debilidad pudo llegar hasta donde el poder. Con razón Pedro fue alabado por el Señor al confesar esta unión (de naturaleza), pues, al preguntar el Señor, que pensaban de él sus discípulos, adelantándose rápidamente a todos dijo: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*. Lo cual supo, no porque se lo revelaran la carne y la sangre, que suelen servir de obstáculo a los ojos interiores, sino el mismo Espíritu del Padre, que obra en el corazón del creyente, para que estando de antemano preparado para gobernar la Iglesia aprendiese primero lo que había de enseñar después y en confirmación de la firmeza de su fe mereciera oír: *Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*. La fortaleza de la fe cristiana, que edificada sobre la roca inexpugnable no teme las puertas de la muerte²⁷, confiesa que nuestro Señor Jesucristo es a la vez verdadero Dios y verdadero hombre; que el mismo es el Hijo de la Virgen, que el creador de la madre; el mismo el nacido en la plenitud de los siglos y el autor de los tiempos; el mismo el Señor de todos los poderes y el que pertenece a la raza de los mortales, el mismo el que jamás conoció el pecado y el que por haberse revestido con la carne pecadora murió en sacrificio por los pecadores.

El cual, para librar al género humano de las ligaduras de la primera prevaricación, encubrió al diablo cruel el poder de su majestad y le presentó únicamente la debilidad de nuestra pequeñez. Si el perverso y soberbio enemigo hubiese podido conocer la determinación de la

divina misericordia, hubiese pretendido mejor sosegar los ánimos de los judíos con la mansedumbre, que encenderlos con el odio para no perder el dominio sobre tantos esclavos, que tan poco se preocupaban de su liberación. Mas su misma maldad le engañó y condujo al suplicio al Hijo de Dios, que habría de convertirse en remedio para todos los humanos. Derramó la sangre del justo, que sería el precio del rescate del mundo. Tomó el Señor los trabajos que por su propia voluntad había elegido. Consintió que se posasen sobre él las manos de aquellos enloquecidos, que mientras servían a su propio crimen obedecían a los mandatos del Redentor. Siendo tan grandes los efectos de su piedad que pedía al Padre desde la cruz no venganza, sino perdón para ellos, mientras decía: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen* (Luc., 23, 34). Y fue tanto el poder de esta oración, que la predicación del Apóstol Pedro convirtió a penitencia a muchos de los que habían gritado: *su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos* (Mt., 27, 25), y en un día fueron bautizados cerca de tres mil judíos y formaron una sola alma y un solo corazón, dispuestos ya a morir por aquel a quien poco antes pedían que fuera crucificado.

Tal perdón no llegó a alcanzarlo el traidor Judas, pues como hijo de la perdición, que tenía el diablo a su derecha, se entregó a la desesperación antes de que Cristo consumase el misterio de su redención. Pues habiendo muerto el Señor por todos los pecadores, seguramente que también éste hubiera podido conseguir remedio si no se hubiera dado tanta prisa a ahorcarse. Mas en tan malvado corazón, y en aquellos momentos entregado a los fraudes y robos y a tratos parricidas, nunca llegaron a penetrar las muestras de la misericordia del Salvador. Escuchó con incrédulos oídos las palabras del Señor cuando decía: *No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores. El Hijo del hombre ha venido a salvar y buscar lo que se había perdido* (Luc., 5, 32). Ni había llegado a comprender toda la clemencia de Cristo, quien no sólo curaba las enfermedades de los cuerpos sino las heridas de las almas debilitadas, cuando dijo al paralítico: *Ten confianza, hijo mío, se te acaban de perdonar tus pecados* (Mt., 9, 3), e igualmente a la adúltera traída a su presencia: *Tampoco yo te condenaré, vete y ya no peques más* (Jo., 8, 11) demostrando con todas sus acciones que aquella su venida al mundo era como Salvador y no como Juez. Pero lejos de entenderlo así el impío traidor, se revolvió contra sí mismo no con pensamientos de arrepentimiento, sino con furor de asesino, para que

quien había vendido al autor de la vida a sus propios matadores, en agravante de su condenación muriese pecando.

Por lo tanto, cuanto los falsos testigos y los sanguinarios príncipes y los impíos sacerdotes hicieron contra el Señor Jesucristo, valiéndose de la ayuda de un presidente débil y de la cooperación de una cohorte inexperta es para que todas las edades lo reprueben y a la vez lo bendigan. La cruz de Cristo, así como era de cruel en el pensamiento de los judíos, así es de admirable por la virtud del Crucificado. Todo un pueblo se enfurece contra uno y es Cristo quien se compadece de todos. Lo que es causado por la crueldad es aceptado de buena voluntad, para que el mismo crimen cumpla los designios divinos. De donde síguese que toda la serie de hechos narrados claramente en el Evangelio, con tal disposición los debe escuchar el oído, que, dando fe a los acontecimientos ocurridos al tiempo de la pasión del Señor, entendamos que no sólo hemos alcanzado la perfecta remisión de los pecados por Cristo, sino también hemos recibido un ejemplo de santidad para imitar. Mas para explicar con la ayuda del Señor todo esto trasladamos esta parte de nuestro sermón al cuarto sábado. Confiamos que nos asistirá la gracia del Señor para poder cumplir nuestra promesa conforme a vuestro deseo; por nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON I

De la Resurrección del Señor. (71)

Recojamos el fruto del ayuno en la resurrección de Cristo. Esta fue acelerada por consideración a los discípulos. Pruebas de la resurrección de Cristo. Renovación espiritual con motivo de las fiestas de Pascua.

En nuestro discurso anterior, oh carísimos, os hablábamos, no sin causa, a lo que pienso, de la participación en la cruz de Cristo, a fin de que los misterios pascuales tengan vida para los fieles y lo que en la fiesta se honra con santas costumbres se celebre. La utilidad de tal sistema vosotros mismos la habéis experimentado, y vuestra misma devoción os ha enseñado lo mucho que aprovechan así al alma como al cuerpo los prolongados ayunos, las plegarias frecuentes, las limosnas espléndidas. Difícil será que exista alguien que con tales ejercicios no adelante y, que en el fondo de su conciencia no esconda con qué poder regocijarse. Mas tales ganancias hay que guardarlas con perseverante vigilancia, no pase que al convertirse en desidia el trabajo, lo que nos dio la gracia divina, nos lo arrebate la envidia del diablo. Siendo nuestro objeto en la guarda del ayuno de los cuarenta días sentir algo de la cruz al tiempo de la pasión del Señor, también ahora debemos esforzarnos para hacernos participantes de la resurrección de Cristo, y pasar así de la muerte a la vida, mientras estemos sujetos a este cuerpo. Cada hombre se propone al pasar, mediante un cambio, de una cosa a otra, dejar lo que era y transformarse en lo que no era; aunque importa saber a qué vamos a morir o cuál vida vamos a tomar, porque existen muertes que son el origen de la vida y vidas que producen muerte. Y precisamente en este mundo ambas cosas pueden sobrevenir y de la diversa clase de nuestras acciones temporales depende el premio de la vida eterna. Hay que morir al diablo y vivir para Dios, renunciar a la iniquidad para resucitar a la justicia. Húndase lo viejo y surja lo nuevo, y puesto que dice la Verdad que

nadie puede servir a dos señores (Mt., 6, 24), sea para nosotros el Señor no quien empuja a los que están de pie para que caigan, sino el que ayuda a los caídos para subir a la gloria.

Al decir el Apóstol: *El primer hombre por ser de la tierra era terreno, y el segundo hombre que es del cielo, es celestial; como es el terreno así son los otros terrenos y como lo es el celestial así son los celestiales; como hubimos llevado la imagen del hombre terreno así llevemos la imagen de aquel que es del cielo* (I., Cor., 15, 47): justo es que muchos nos alegremos de semejante cambio, por el que de la ignominia terrena pasamos a la dignidad celestial gracias a la inefable misericordia de quien, para llevarnos consigo, bajó hasta nosotros, no tomando únicamente nuestra naturaleza, sino también la condición pecadora de nuestro ser, hasta sufrir tales cosas la divina impasibilidad que únicamente el hombre mortal experimenta en su miseria. Al objeto de que una prolongada tristeza no se apoderase de los ánimos desconsolados de los discípulos, de tal manera supo abreviar los tres días de la tardanza predicha, que al juntarse al día segundo, que fue entero, la última parte del primero y la primera del último fue posible quitar algo al tiempo señalado sin que por eso desapareciera el número de tres. La resurrección del Salvador no dejó por mucho tiempo su alma en el infierno (seno de Abraham), ni su cuerpo en el sepulcro; y fue tan rápida la vuelta a la vida de la carne incorrupta que más puede compararse a sueño que a muerte, porque la Divinidad, que nunca llegó a estar separada de ninguna de las dos sustancias que integran al hombre (alma y cuerpo), lo que con su poder separó con su mismo poder volvió a juntar.

A continuación vinieron muchas pruebas con que poder autorizar la fe que iba a ser predicada por todo el mundo. Y aunque la piedra quitada, el sepulcro vacío, los lienzos doblados y los mismos Angeles con la narración del hecho prueban sobradamente la verdad de la resurrección del Señor, quiso además dejarse ver de las mujeres y aparecerse a los Apóstoles, no sólo hablando con ellos, sino también conviviendo y comiendo y llegando a permitir que le tocara con diligencia y curiosidad aquellos que eran presa de la duda. Por eso entraba con las puertas cerradas donde estaban los Apóstoles, y con su sople les daba el Espíritu Santo, y proporcionándoles la luz a su inteligencia les abría el sentido oculto de la Escritura, y nuevamente les mostraba la llaga del costado, las desgarraduras de las manos y las otras más recientes señales de su pasión, para que reconociesen que

permanecía intacta en él la propiedad de ambas naturaleza (divina y humana), y supiésemos que el Verbo no es igual que la carne (que la naturaleza humana), y que en el Hijo de Dios hay que admitir al Verbo y al hombre.

No disiente de esta creencia, mis amados, el Maestro de los gentiles, el Apóstol Pablo, cuando dice: *Aunque conocimos según la carne a Cristo, mas ya no le vemos* (II Cor., 5, 16). La resurrección del Señor no fue el fin de su carne (de su humanidad), sino su transformación, ni por adquirir mayor virtud se destruyó la sustancia humana. Las apariencias son las que pasan, pero la naturaleza no se destruye: y se convirtió en cuerpo impasible el que antes pudo ser crucificado, se cambió en inmortal el que pudo ser muerto, se hizo incorruptible el que pudo ser llagado. Y con razón se dice (por San Pablo) que la carne de Cristo en aquel primitivo estado en que existió, actualmente no está, por que nada hay ya en ella posible, nada quedó en la misma de debilidad, siendo la misma por su esencia, y no la misma por la gloria. ¿Qué extraño, pues, que proclame esto del cuerpo de Cristo, quien dice de todos los cristianos: *Así ya nosotros desde ahora a nadie conocemos según la carne?* (II Cor., 5, 16). Desde ahora, dice, ha tenido comienzo nuestra resurrección en Cristo, desde que nos precedió la forma de nuestra esperanza, en aquel que murió por todos nosotros. No dudamos con desconfianza ni estamos pendientes con incierta expectación, sino que habiendo recibido ya los comienzos de nuestra promesa con los ojos de la fe empezamos a ver las cosas futuras, y alegrándonos de la exaltación de nuestra naturaleza, lo que creemos ya es como si lo tuviéramos.

No nos distraigan, por tanto, las apariencias de las cosas temporales, ni nos deleite la contemplación de lo terreno apartándonos de lo celestial. Demos aquellas cosas por pasadas, ya que muchas en gran parte ni existen, y el alma englobada en los bienes permanentes, allí fije su deseo donde es eterno lo que se le promete. Aunque por la fe hemos alcanzado la salvación y aunque todavía llevemos esta carne mortal y corruptible, rectamente decimos que no vivimos en carne humana si los afectos carnales no nos dominan, y bien podemos dejar el nombre de aquella cosa, de la cual no seguimos el querer. Cuando dice el Apóstol: *No tengáis cuidado de la carne conforme a todos sus deseos* (Rom., 13, 14), entendemos que no se nos prohíben aquellos que ayudan a la salvación y que la humana flaqueza precisa. Mas como no podemos servir a todos los deseos ni lo que la carne ansía

podemos satisfacerlo, hemos de estar avisados para usar de una razonable templanza, no concediendo a la carne, que debe estar sometida al juicio de la razón, cosas superfluas ni negándole las necesarias. Por donde el mismo Apóstol dice en otro lugar: *Ninguno tuvo jamás odio a su carne, sino que la alimenta y favorece* (Eph., 5, 29), pero es lógico que se la deba proteger y recrear no para los vicios, ni para la lujuria, sino para que sirva razonablemente, para que guarde el orden que tiene asignado con renovado fervor, sin prevalecer pervertida y deshonoradamente las potencias inferiores sobre las superiores o sucumbiendo éstas ante aquellas, mas venciendo el alma a los vicios, comenzando allí la carne a servir donde la razón debe dominar.

Reconozca, pues, el pueblo de Dios que es nueva criatura en Cristo, y entienda con claridad por quién ha sido elevado y a quién se ha consagrado. Lo que ha sido creado de nuevo no vuelva ya a la caduca vejez, ni abandone su obra quien puso la mano en el arado, sino más bien esté atento a su oficio de sembrador sin preocuparse de aquello que dejó. Nadie recaiga en aquello de lo cual ya resucitó; aunque si por la debilidad corporal yace postrado a causa de algunas enfermedades, desee sobre todo levantarse cuanto antes. Este es el camino de la salvación, y la manera de imitar la resurrección comenzada en Cristo, y puesto que en el resbaladizo itinerario de esta vida no faltan las caídas y los tropezones, las pisadas de los caminantes vayan progresando del sendero fangoso al seguro, porque, según está escrito, *el Señor dirige los pasos del hombre y busca su bien; tanto que al caerse el justo no se dañará, porque el Señor le sostendrá con su mano* (Ps., 36, 23). Este pensamiento, queridos hermanos, hemos de rumiarlo no sólo con motivo de la solemnidad pascual, sino que debemos conservarlo para santificar toda nuestra vida y dirigirlo a nuestra diaria lucha, a fin de que habiendo deleitado el ánimo de los fieles con la experiencia de su breve observancia, se convierta después en costumbre, guardándolo sin tacha, y de introducirse alguna sombra de culpa, borrarla con ligero arrepentimiento. Mas como es difícil y lenta la curación de las enfermedades arraigadas, tanto más rápidamente hay que tomar los remedios, cuanto más recientes son las heridas, para poder levantarnos siempre por completo de cualquier caída y merecer llegar a la incorruptible resurrección de la carne glorificada en Cristo Jesús Señor nuestro, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.